Introducción

De formación principalmente científica, Charles S. Peirce (1839-1914) conjugaba sus actividades de investigación con un profundo interés por la lógica y la filosofía. Ese interés no solo se prolongó en el tiempo, sino que fue creciendo a lo largo de los años hasta encontrarnos en su madurez a un Peirce Filósofo –con mayúsculas– que trata de dar forma a un sistema de pensamiento complejo y vasto que había ido gestándose durante mucho tiempo, una obra magna, una arquitectónica de la razón humana en la que fuera posible analizar los distintos sistemas teóricos en una dependencia jerárquica. En los últimos años de su vida Peirce retoma muchas cuestiones y trata de dar una forma definitiva al sistema de su pensamiento. El Peirce Filósofo, ya retirado de su actividad científica en la United Coast and Geodetic Survey, alcanza su madurez intelectual, desarrolla completamente su teoría de los signos, trata de dar una formulación definitiva del pragmatismo y produce muchas de sus teorías metafísicas. En 1897 escribía:

[Pretendo] hacer una filosofía como la de Aristóteles, es decir, bosquejar una teoría tan comprehensiva que, durante un largo tiempo venidero, la entera tarea de la razón humana, en la filosofía

de cada escuela y de cada clase, en matemáticas, en psicología, en la ciencia física, en historia, en sociología y en cualquier otra división que pueda haber, aparecerá como un ir completando sus detalles (*CP* 1.1, 1887).

Puede parecer que los intereses de Peirce, en cualquier periodo de su vida, estaban muy alejados de la estética y el arte. Pretendo, sin embargo, mostrar que no es así. Aunque Peirce afirmaba no estar familiarizado con la estética (*CP* 1.191, 1903), siempre estuvo interesado en ella. A través de distintos elementos biográficos se hará ver que Peirce sintió una constante fascinación por el arte, a pesar de que el tratamiento teórico de este en su obra esté apenas esbozado. El objetivo de este libro es precisamente explorar las conexiones biográficas y teóricas de Peirce con la estética y el arte, y analizar aquello que tiene que decir sobre el fenómeno artístico. Peirce estuvo siempre interesado en explicar los mecanismos que llevaban al ser humano a producir nuevo conocimiento en cualquier ámbito. En 1892 escribe que una de las preguntas más interesantes es cómo crecen las cosas, no solo en cada división de la ciencia sino también en el desarrollo del arte (*CP* 7.267). En el intento de responder a esa pregunta, Peirce dejó importantes pistas sobre la creación humana, sobre el arte y sobre el papel que juega la belleza en nuestra vida.

No resulta claro por qué Peirce no trabajó más en esta área: tal vez por el ambiente cientificista de la época en la que transcurrió su vida, o por su gran interés personal por las cuestiones de la ciencia y de la lógica. Como afirmó Hocutt, Peirce estaba casado con la lógica, y solo algunas veces se distraía con otras cosas (Hocutt, 1962, 156). Joas ha señalado que, a pesar de todo, la filosofía de Peirce se empeña en hallar un lugar para la creatividad artística en una época caracterizada por la dominación de la ciencia (Joas, 1998, 5). No debería sorprendernos que, en una forma de pen-

samiento en la que todo es continuo, las teorías de Peirce tengan consecuencias estéticas: es lo más lógico teniendo en cuenta su sinejismo, esto es, su defensa de la continuidad a muy distintos niveles.

Aunque sin duda nos hubiera gustado encontrar un mayor desarrollo de estas cuestiones, los elementos con los que contamos son más que suficientes para tratar de pergeñar una estética peirceana o, podríamos decir, «pragmaticista». La estética ocupa un lugar importante dentro del pensamiento de Peirce, y más aún a partir del cambio de siglo, cuando desarrolla su idea de la estética como fundamento de las demás ciencias normativas. Nos encontraremos entonces con que la estética cobra un alcance inesperado, al convertirse en una ciencia de los fines sobre la que girará la fundamentación final del pragmatismo.

Contamos para la tarea de estudiar la estética peirceana con un material limitado: los escritos de Peirce sobre estas cuestiones son relativamente escasos. Tampoco ha habido hasta ahora muchos trabajos en la bibliografía secundaria que trataran directamente este tema¹, y los que hay se han realizado, según una metáfora de Smith, como «una tarea que se asemeja al trabajo del paleontólogo,

1. Entre los trabajos sobre estética peirceana que han sido más significativos pueden destacarse los siguientes: M. O. HOCUTT, «The Logical Foundations of Peirce's Aesthetics», *The Journal of Aesthetics and Art Criticism*, 21, 2 (1962), 157-166; C. M. SMITH, «The Aesthetics of Charles S. Peirce», *The Journal of Aesthetics and Art Criticism*, 31, 1 (1972), 21-29; B. KENT, «Peirce's Esthetics: A New Look», *Transactions of the Charles S. Peirce Society*, 12, 3 (1976), 263-283; E. F. KÄELIN, «Reflections on Peirce's Esthetics», *The Relevance of Charles Peirce*, E. FREEMAN (ed.), The Hegeler Institute, La Salle, Illinois, 1983, 224-237; D. ANDERSON, *Creativity and the Philosophy of C. S. Peirce*, Nijhoff, Dordrecht, 1987; J. BARNOUW, «Aesthetic for Schiller and Peirce: A Neglected Origin of Pragmatism», *Journal of the History of Ideas*, 49, 4 (1988), 607-632; K. PARKER, «Charles S. Peirce on Esthetics and Ethics. A Bibliography», 1999, http://agora.phy.gvsu.edu/kap/CSP_Bibliography/CSP_norm_bib.pdf

quien, a partir de huesos recogidos aquí y allá, reconstruye el esqueleto de un animal nunca visto por ojos humanos» (Smith, 1972, 21). A pesar de ello me parece que las pistas son tan sugerentes que bien vale la pena el intento de «abducir» lo que Peirce pensaba sobre la cuestión. Al final de todas las labores de paleontología el esqueleto de la estética peirceana nos deslumbra. Se yergue, pleno de belleza y riqueza, sobre un complejo sistema de pensamiento, y nos proporciona todo el estímulo para seguir completando el cuadro. Es cierto que será solo un esqueleto; habrá muchas cuestiones que permanezcan abiertas, que no reciban una respuesta adecuada y satisfactoria, pero el mero hecho de plantear cuestiones certeras otorga un valor excepcional a la estética de Peirce.

El primer capítulo de este libro analizará los orígenes de las ideas estéticas de Peirce, esto es, se centrará en todo aquello que de un modo o de otro pudo influir en el panorama que atisbamos al final de su vida. Se señalarán diversos elementos biográficos: sus primeras lecturas, las influencias familiares, el ambiente cultural y artístico de la América de la época, sus viajes por Europa, etc. De hecho, la carrera filosófica de Peirce comenzó leyendo a Schiller (*Aesthetische Briefe*), y como trataré de mostrar en este libro esa temprana influencia irá más allá de sus años de juventud. Como Schiller, Peirce buscará el camino filosófico de lo bello, y como sus contemporáneos americanos Peirce buscará una manera de resaltar la continuidad de ser humano y naturaleza, de cosmos, humanidad y arte. Los cinco viajes que Peirce realizó por Europa se mostrarán también como una fuente nada desdeñable a la hora de explicar la génesis de sus principales ideas estéticas. Prestaré así mismo atención al cambio que Peirce experimenta en su madurez, en concreto a la transformación que sufre personalmente alrededor del cambio de siglo, una transformación que se refleja en su manera de pensar y que tiene mucho que ver con el interés que toma en sus últimos años por las cuestiones éticas y estéticas.

En el segundo capítulo, la atención se centrará en el desarrollo de una estética pragmaticista. Será necesario analizar el concepto de ciencias normativas, el lugar que estas ocupan dentro de la clasificación de las ciencias de Peirce, y la peculiar concepción de la estética como ciencia de los fines. El tercer capítulo desarrollará una teoría de la creación artística desde Peirce, tratando de desentrañar lo que está implícito en su obra a este respecto. Se examinarán en primer lugar las características del objeto creativo, que habrá de ser considerado como signo con todas las consecuencias que ello conlleva. La observación y capacidad de percepción, la expresión o capacidad de plasmar los sentimientos y la interpretación aparecerán como los tres elementos claves del fenómeno artístico en Peirce. Al final del capítulo nos enfrentaremos a la pregunta decisiva de qué es para Peirce la belleza.

El cuarto y último capítulo tratará de hacernos ver el alcance y la relevancia de las nociones anteriormente explicadas. Se mostrará que las cuestiones estéticas no son secundarias en el sistema peirceano, sino que constituyen la posibilidad de pensar y actuar correctamente, y terminan incidiendo en su explicación y justificación del pragmaticismo hasta el punto de constituir su *quid* al dar razón de lo más esencial del ser humano, esto es, de su capacidad de autocontrol, de la capacidad de dirigirse a fines. La concepción de arte de Peirce supondrá también la capacidad de trascender lo material y de superar las constricciones de la experiencia.

La estética peirceana es, al menos desde el punto de vista teórico, libre y moderna. Aunque los juicios estéticos de Peirce resultaban, como se verá, más bien clásicos y de dudoso gusto, su teoría estética posee elementos de modernidad: señala por ejemplo la importancia de la expresión y de la interpretación corriendo el riesgo de caer en un subjetivismo, aunque sin embargo no es una estética al uso ni puede reducirse a una mera teoría del arte o del juicio estético. En cierto sentido la estética de Peirce revoluciona

las modernas teorías del arte y apunta a algo más. Parte de la experiencia, pero adquiere un papel trascendental al poner al hombre en contacto con lo más espiritual, con lo que nos hace ser más humanos, más libres. Adquiere tintes clásicos al señalarnos aquello que merece la pena ser buscado por sí mismo, al ir más allá de la mera apariencia y suponer más bien la «aparición» de un ideal, al no identificar la belleza con lo atractivo o lo placentero, al abrirnos a una plenitud que transfigura la materia, al ponernos en camino hacia la belleza, hacia la verdad y el bien. Como decía Schiller, la estética mejora todas nuestras capacidades por no mejorar ninguna en concreto. Simplemente nos eleva a algo que está más allá y nos permite alcanzar la unidad de todas nuestras capacidades. La estética peirceana, como la de Schiller, está lejos de ser moralizante. Una pretensión o fin particular destruiría por definición su esencia. Y sin embargo, apuntando al único fin por excelencia, a lo admirable por sí mismo, al ponernos en la búsqueda de lo ideal, nos hace mejores. Nunca el ser humano es tan humano como cuando produce y contempla la belleza; en definitiva, cuando la experimenta. La estética peirceana, en tanto que se revela como ciencia de los ideales, contribuirá a una mayor comprensión de las búsquedas prácticas e intelectuales de la humanidad (Guardiano, 2014, 3-4).

Antes de terminar esta introducción debo expresar mi gratitud a todos los que me han ayudado en la redacción de este libro, en particular a Jaime Nubiola y Fernando Zalamea, mis dos maestros, por la minuciosa y acertada corrección de los borradores, y sobre todo por pensar conmigo desde hace ya tantos años, por compartir sus inquietudes y preguntas, y por enseñarme a buscar el necesario equilibrio entre razón, imaginación y sensibilidad. Su ejemplo y su cariño siempre han hecho mi vida más bella.